

tes, do quier fije el hombre la planta, en todo el mundo se siente el fuego, el calor de esa gran idea que va á ser el eterno sol de nuestro dichoso porvenir.

Abril de 1858.

## ITÚRBIDE

por D. Cárlos Navarro y Rodrigo diputado constituyente.—Imprenta y librería universal, Arenal. 16.

Un libro histórico más añadido por el señor Navarro y Rodrigo á *Cisneros*, á *O'Donnell y su tiempo*; libro escrito en estilo elegante, pensado con madurez, á mis creencias opuesto; pero obra de un criterio, si erróneo, firme y jamás desmentido ni en una sola línea. El Sr. Navarro es diligente en el estudio, sistemático en las ideas, sóbrio en la expresion, vigoroso en la contienda, implacable con sus enemigos, y dado á buscar en tiempos pasados ejemplos para el nuestro, y aún con el nuestro semejanzas, cosa no extraña si atendemos á que el hombre es un sér fundamentalmente idéntico en todos los siglos, y á que la historia es una tragedia muy uniforme, como las tragedias clásicas, y á veces muy monotonas.

De todos modos, el libro del Sr. Navarro y Rodrigo, que es, en la intencion de su autor, apología de la forma y de las tradiciones monárquicas, enseña á nuestros monárquicos, y sobre todo á los monárquicos constituyentes, que no valen ni la antigüedad de un gobierno, ni las glorias que haya tras sí dejado en los hábitos de los pueblos en obedecerlo, para contrariar la idea general y progresiva, de cuyos matices los hechos se tiñen, como la corriente perdida en el hondo valle se tiñe en los matices del cielo.

El criterio que al libro del Sr. Navarro preside, es un patriotismo á la antigua. Para él, conservar América, aquel territorio inmenso, era el bien de los bienes. En su culto por la grandeza material de España, culto nacido de grandes sentimientos, olvida las ideas y los intereses humanos. Olvido, pues, de que las tendencias universales de la civilizacion serán siempre tendencias incontrastables, atribúyese la pérdida de las Américas á los legisladores del doce, á los liberales del veinte, á la dichosa culpa de Riego, que forzó las puertas de nuestra cárcel de tres siglos.—¿Por qué no culpar al espíritu humano?—¿Por qué no exigir responsabilidad á la conciencia universal?

Párese el Sr. Navarro y Rodrigo á considerar que podemos colonizar en Asia y en África, pero no podemos colonizar en América. En Asia, Rusia se ha extendido gigantescamente; Francia ha tratado de erigirse en imperio; Inglaterra posee la cuna del género humano, y España conserva islas preciosísimas, por las cuales no se siente correr ni una aspiracion á la independencía. Y al revés sucede á estas mismas naciones en América. Rusia ha entregado sus territorios á los Estados-Unidos. Inglaterra perdió ayer sus colonias y perderá mañana el Canadá. Francia, que tuvo en otro tiempo inmensos dominios, apenas retiene hoy algunas partículas de tierra en aquel gran continente. Dinamarca trata de emancipar sus islas. Y España ha perdido aquellos territorios que se extendían por dos hemisferios y que representaban la mayor conquista hecha por los hombres en toda la sucesion de los siglos.

La idea de la independencía de América era una de las ideas capitales con que se inauguraba nuestro tiempo. Nosotros mismos habiamos contribuido á esparcirla en la conciencia humana, ayudando á Washington contra Inglaterra. Cuando los tratados de 1815 se formaban, cuando los reyes se repartían á girones el ma-

pa de Europa, el silencio de la muerte era interrumpido por ese gran movimiento americano, que en los países tropicales, donde el hombre parece rendido y esclavizado á la naturaleza, promulgaba las libertades fundamentales con la misma energía que los anglo-sajones en sus frios países; muestra evidente de la unidad del espíritu humano y de la universalidad de sus ideas.

No atribuyamos la independendencia de América al ódio, y sólo al ódio hácia los españoles. Ciegos habrían de ser los americanos si no recordaran que nuestros navegantes les despertaron á la vida; que nuestros soldados destruyeron aquellos imperios donde se reunian los abusos y refinamientos del despotismo con la barbarie de las tribus salvajes; que nuestros sacerdotes llenaron aquellas selvas, donde humeaban los sacrificios eruentos, con las palabras del Evangelio; que nuestros arquitectos levantaron y hermostearon sus ciudades; que el génio de nuestros poetas se infiltró en su génio, y la sangre de nuestras venas en su sangre, y que en cincuenta años de descubrimientos fabulosos y de fabulosas conquistas les donamos una civilizacion que nos habia costado quince siglos de martirios.

Nadie puede dudar que nosotros habiamos hecho por nuestras colonias cuanto cabia hacer dentro del espíritu reinante en la península. Las habiamos unido sólo nominalmente á España, dejándoles, bajo las manos de los vi-reyes, una libertad de accion que jamás gozaron las provincias españolas. Habiamos escrito aquel Código de Indias, cuyas sábias y justas leyes, si al espíritu del tiempo se atiende, han sido la admiracion de propios y extraños. Habiamos fundado un consejo, en el cual se sentaban hombres de ánimo recto, de corazon imparcial y generoso. En las audiencias los magistrados españoles, segun confesion de los mismos americanos, se distinguian por su rectitud y por su justicia. La esclavitud existia, es verdad, pero nunca fué tan dura como la esclavitud entre los anglo-sajones. Bolivar confesaba que la tiranía política de España no llegó á tanto extremo que diera motivo y ocasion á protestas violentas y revolucionarias. Alejandro de Humboldt, en su viaje de principios del siglo, notaba la profunda paz reinante en aquella sociedad, paz que contrastaba con la actividad guerrera de su fecunda naturaleza. Es suficiente decir que en la inmensa línea que se extiende desde Buenos Aires hasta Lima y Quito,

bastaban dos mil hombres para mantener en su benévola obediencia nuestras innumerables colonias.

Los indios eran, en la legislación española, tratados como niños que necesitan la autoridad de sus padres. Exceptuábanlos nuestras leyes de la alcabala, del diezmo, del derecho de patente y sólo establecía sobre ellos una pequeña capitación; dejábalos su administración propia bajo sus caciques; prohibía á la raza blanca permanecer entre ellos para preservarles de su astucia y evitar que cayeran esclavos de una incontestable superioridad. Permitíales mezclar, si no por ley por costumbre, á la misa sus antiguas ceremonias, á las procesiones sus pintorescas fiestas, al severo entierro católico sus tradiciones de otra vida material; y la Inquisición, que perseguía el pensamiento elevado y sublime de Cazalla, que abrasaba las tradiciones de Santa Teresa, que detenía la mano de Brocense, que encarcelaba á Fray Luis de Leon, parábase complaciente en presencia de la herejía, de la ignorancia, y dejaba al indio mezclar sus antiguas ideas, sus creencias antiguas, los recuerdos recogidos en sus selvas, con la ortodoxia pura del catolicismo. Nosotros no negaremos que en los primeros tiempos de la

conquista, los indígenas fueron maltratados, vendidos y comprados, uncidos al carro del vencedor como bestias, encerrados en las entrañas de la tierra para que buscaran el oro, y arrojados á los ríos para que pescaran las perlas; y en el siglo diez y siete, oprimidos en su conciencia, en su espíritu, por una teocracia imperiosa; pero cuando llegó la época de la emancipación, la raza blanca se había reunido en las grandes ciudades, los puertos en gran parte se habían abierto al comercio, las misiones jesuíticas, habían sido sustituidas por establecimientos científicos; el ejercicio de las armas, tan necesario para conquistar la libertad, les había sido ya permitido, al menos á los blancos; y España misma había auxiliado á la emancipación de los Estados Unidos.

La emancipación fué un hecho necesario. Sentíase el movimiento que separaba las colonias de su metrópoli; sentíase bajo el silencio del despotismo. Aranda había aconsejado ya á Carlos III que emancipara toda América menos las islas; que fundara allí grandes imperios, con los ojos puestos en la república naciente, en la república á quien España había auxiliado en sus primeros años, cuyo poder se convertiría pronto en gigantesco, cuyo ejemplo sería un

luminar para toda América, y cuya vecindad un incentivo de emancipación á nuestras mismas colonias. El gran político veía como una fatalidad inevitable el hecho de la independencia de América.

Y de esto se descubrían por todas partes innumerables pruebas; destellos del gran volcán que llevaba en sus entrañas el Nuevo Mundo. En 1770 el cacique de Jungasuca, descendiente de los condes de Oropesa por la línea materna, se levanta en armas contra España. En 1781 las explosiones revolucionarias estallaban en el suelo mismo de ciudades como Santa Fé de Bogotá. Y el Brasil trataba en 1789, al mismo tiempo que la tribuna francesa decía al mundo que el hombre es libre, trataba también de sacudir el yugo portugués. De suerte que no es un hecho aislado, sino un hecho universal y humano el hecho de la independencia de América.

Recuerde el Sr. Navarro y Rodrigo las observaciones que en otro lugar hemos apuntado. Europa coloniza en Asia, porque Asia ha perdido al pié de sus antiguos altares y de sus petrificadas teocracias el sentido general humano que aguijonea la actividad de los pueblos. Pero Europa no puede colonizar en América, porque

América, la América de los puritanos, la América de la conciencia libre; porque América, la América de Washington, la América de la democracia y la república, ha sobrepujado al sentido de la vieja Europa con sus instituciones verdaderamente humanitarias, cuyo planteamiento nos ha de costar aún, ha de costar á Francia, á Inglaterra, á Alemania, como á España é Italia, procelosas revoluciones.

Porque hay otro hecho, que no podemos, que no debemos olvidar nunca: América es un país en su esencia democrático, y en su forma republicano. Vino á la historia en aquellos tiempos en que el mundo salía de las sombras de la Edad media para entrar en la edad victoriosa del Renacimiento. La brújula había fijado el punto de mira á los navegantes, señalándoles algo inmóvil y eterno como Dios, en la movilidad y vaguedad del turbulento Océano. La pólvora había sido un rayo, con el cual podía el pueblo llegar á la cima de los castillos y abrazar las potentes alas del águila feudal. Por los libros de Copérnico la tierra dejaba de ser plana, como la piedra inmóvil de un sepulcro, para pasar á ser una esfera bruñida por la luz, concertando sus armoniosos movimientos y sus parábolas con todo el universo. Los hori-

zontes de la vida se agrandaban hasta lo infinito con los descubrimientos de la astronomía, y los trabajos del génio se vinculaban hasta la eternidad con el descubrimiento de la imprenta. Los nominalistas y los realistas se habian desvanecido como una procesion de fantasmas para abrir paso á la observacion y á la experiencia que reconquistaban el mundo real, y devolvian su santa maternidad á la naturaleza. Sobre estas maravillas de la vida y de la ciencia, tendia sus guirnaldás de mirtos y laureles el arte. La música tomaba el vuelo hácia lo infinito en los hosannas de Palestrino y en el coral de Lutero; las monstruosas esculturas de la Edad media, que parecian rígidas como cadáveres, ó encorvadas bajo el peso de una maldicion como los condenados del Dante, se erugian, se dibujaban en las admirables formas griegas, alzaban al cielo con éxtasis la esférica cabeza ceñida de los esplendores de la hermosura, y fluian de sus lábios entreabiertos por la sonrisa de la felicidad, invisibles, pero vivas inspiraciones; las tablas se animaban en aquellos dias de una segunda primavera para el espíritu, con los pinceles de Leonardo de Vinci y de Rafael, que habian arrancado al iris sus colores, y á la antigüedad resucitada de su sepul-

cro de diez siglos la perfeccion plástica; sobre las piedras y los metales extendian Benvenuto, Cellini y Berruguete una efflorescencia misteriosa, al lado de Miguel Angel que creaba su raza de Titanes; y mientras de las ruinas de Constantinopla venian como luminosas apariciones los poetas y los filósofos de la antigüedad á completar la historia; mientras los Manucios entraban en Venecia con los tipos de la imprenta para escribir el testamento del mundo clásico; mientras la rotonda surgia como una corona mística en la frente de las grandes iglesias greco-romanas que divinizaban el panteon de los dioses antiguos; Colon traia en su débil esquife las inocentes razas y las misteriosas esencias del mundo de lo porvenir, como un rejuvenecimiento de la naturaleza que coincidia con el rejuvenecimiento del espíritu, como una renovacion de la vida que coincidia con la renovacion de la ciencia; como un paraíso que abria el Eterno al hombre regenerado por la libertad y por el trabajo.

América es el premio dado á la humanidad por haber tenido fuerza bastante para derrocar el despotismo teocrático y conciencia bastante para proclamar la libertad del pensamiento. Allí no cabrán nuestras viejas instituciones y

nuestro corrompido feudalismo. Allí, en el seno de la inmensa naturaleza, sólo cabrá la inmensa igualdad social. La raza anglo-sajona, tan aristocrática y tan supersticiosamente histórica, al tocar aquella tierra virgen se convertirá en una raza democrática y promulgará el derecho de todos los hombres sobre la ruina de todas las gerarquías. La independencia y la república se confundirán en América y serán el mismo pensamiento, la misma causa. Así los hijos de Massachusetts, descendientes de los regidas, y los hijos de Virginia, descendientes de los caballeros, plebeyos los unos, patricios los otros, se reunieron bajo la amenaza de la metrópoli, como los descendientes de Numa y los descendientes de Servio Tulio se reunieron en Roma bajo la espada de Annibal. La república surgió. En aquella sociedad nueva no hubo ni rey ni aristocracia, ni iglesia oficial, ni clero privilegiado; el pensamiento fué libre como el espíritu; la conciencia pudo dirigirse á Dios en completa espontaneidad, en comunión completa con lo infinito. El gobierno nacia de todos y á todos fué responsable. Establecióse el jurado como reflejo de la conciencia popular. El sufragio fué universal. Los privilegios cesaron, y el mundo se asombró al ver que un pueblo ni-

ño tenía la madurez de los pueblos ancianos, y una sociedad recién fundada la firmeza de los más antiguos imperios; sociedad sin mancha, que nació en medio de una naturaleza gigante como Eva en el Paraiso, con la estrella de la libertad sobre su frente. Washington la fundó en la virtud y en la igualdad, mientras el viejo mundo no comprendía la libertad sinó bajo la forma del absolutismo. Franklin, que sólo aspiró á la gloria desconocida en las viejas sociedades de ser un buen ciudadano, Franklin reconcilió América con Europa. Desde aquel punto, desde aquel glorioso instante, quedó ya establecida la libertad. El rayo descendió del cielo, ó fué á besar humilde las manos que habían quebrado el cetro de los reyes. No hubo remedio; el ejemplo de los Estados Unidos fué un ideal para toda América, y se fundó sobre bases indestructibles en toda ella este gran bien, la independencia; y este otro bien todavía mayor, la república.

Esto, dirá el autor del libro que juzgo, esto no es patriotismo. Conociendo la rectitud de mis intenciones y la integridad de mi vida política, atribuirá las creencias mías á fanatismo republicano. Pero yo creo que el patriotismo consiste en levantar á nuestro país con las

ideas que dan verdadera grandeza, con las ideas progresivas. En el siglo diez y seis fuimos grandes por la conquista, y en el siglo diez y nueve sólo podemos ser grandes por la libertad. Y la libertad nos guarda todavía maravillosos destinos que cumplir en América, en esa América revelada al mundo por nuestro génio y nuestra audacia. Por eso yo, tan partidario de la independencia americana, quiero que se conserven Cuba y Puerto-Rico bajo el techo de nuestra nacionalidad. Así podremos fundar allí dos grandes democracias con instituciones libres, con jurado, con parlamento propio, con su autonomía, para que pueda ver el mundo americano que la nación española es capaz de ejercer sus instituciones y nos entregue su representación moral en los consejos de Europa, en los grandes Congresos de esas sociedades por venir, de esas federaciones que han de cambiar por completo la faz de la tierra.

No en vano suceden los más graves y trascendentales hechos de la historia; no en vano España descubrió á América. Cuando sucede un hecho de esta clase, un hecho que es como un faro levantado por Dios en las riberas infinitas de los tiempos, cuyo curso no acaba nun-

ca, ese hecho forzosamente ha de trascender á muchos siglos, ha de influir en muchas generaciones. Mueren los pueblos, se borran sus huellas de la tierra, su recuerdo de la historia; y sin embargo, esos hechos capitales que condensan en torno de un punto del espacio la materia cósmica, pasan de generación en generación, llevan su vida á los más profundos abismos, salvan esas grandes hileras de sepulcros donde yacen tantos pueblos enterrados, y se levantan á la inmortalidad, como si los bañara la luz de aquellas ideas eternas que Platon veía flotar en la mente de Dios. Pues bien, el hecho que no podremos borrar nunca, ni los españoles con nuestros errores, ni los americanos con sus ingratitudes; el hecho preparado por Dios desde el principio de los tiempos en el plan eterno de su providencia, que es como el ideal de la historia; el hecho que ha de influir en todos los siglos, es que España, cuando acababa de levantar la cruz sobre la cima de la Edad media, descubrió América y fué de esta suerte como el lazo de union entre el antiguo y nuevo mundo, entre la antigua y la moderna historia.

¡Maravilloso, incomprensible secreto! España, que debía ser la tierra de las instituciones



muertas, la tierra de la resistencia al espíritu nuevo, la tierra donde la inquisición iba á quemar el pensamiento, la tierra cuyos ejércitos luchaban con Holanda el asilo de la libertad científica, y con Inglaterra el asilo de la libertad política; España estaba destinada, en el plan divino de la Providencia, á descubrir á América, la tierra de la libertad, el santuario de la conciencia libre, el gran laboratorio de los principios revolucionarios, la region que debía despertar al viejo mundo con su electricidad, al país de la democracia, al país de lo porvenir.

No tratemos de profundizar la esencia de los hechos históricos; es en vano. ¿Por qué se han pasado tantos siglos sin que el viejo mundo conociera al nuevo? ¿Por qué aquellos audaces navegantes, que habian llegado hasta tocar el Polo en sus maravillosas expediciones, los cartagineses y los griegos, los normandos y los anglo-sajones, los venecianos y los genoveses, no descubrieron el nuevo mundo, no se deslizaron por ese Atlántico inmenso, infinito, cuyas brisas estaban cargadas con los aromas de la virgen naturaleza que renovaba los primeros dias de la creacion? ¿Por qué los islandeses, que segun sus tradiciones, abordaron á Améri-

ca, no supieron retenerla y conservarla? Estos son los secretos de la historia.

Sin duda quiso Dios premiar el término de aquella grandiosa epopeya de siete siglos, en que detuvimos á los árabes en Covadonga, los almoravides en Toledo, los almohades en las Navas, los beni-merines en el Salado, hasta llegar á Granada; pues sabido es que desde lo alto de las Torres Bermejas descubrimos la cima de los Andes; desde el punto donde concluye la Edad media, el punto donde debía comenzarse la Edad moderna, como si fuera pequeño y estrecho el antiguo mundo para abarcar nuestra gloria. Era el premio de siete siglos de sacrificios, el premio de aquella cruzada inacabable en que habiamos salvado las nacionalidades é interpuesto nuestro pecho entre Europa y África para favorecer la civilización cristiana. El nuevo mundo fué entregado á España. El nuevo mundo ha sido descubierto por España. Ante este hecho capital todo calla, y América en su prosperidad, como en su desgracia, ya esté en paz con nosotros, ya en guerra, no podrá desconocer que España es su madre, y si quiere injuriarnos, si quiere maldecirnos, tendrá que maldecirnos é injuriarnos en nuestra propia lengua.

Confieso haberme extraviado del objeto principal de este libro, de Itúrbide, personaje á quien retrata magistralmente el autor. Pero cuando leemos un libro ardoroso, de polémica, y es á nuestras creencias de toda la vida contrario, arrástranos al combate el grande interés que nos inspira el libro, prueba mayor de su mérito. ¿Cómo desasirse de aquella elocuencia? ¿Cómo no responder á palabras gravísimas y meditadas que pudieran presentarnos á nuestros mismos ojos reos de criminal desamor á nuestra pátria que guarda el gran tesoro de la vida, los huesos de nuestros padres? El elocuente libro del Sr. Navarro me ha llevado á expresar mis ideas sobre América, ideas no expresadas en la Asamblea nacional por un grande sentimiento de prudencia, que ni siquiera ha servido para desarmar la calumnia.

El estudio que el Sr. Navarro ha hecho de Itúrbide, es perfecto. El maquiavelismo instintivo en el héroe y el mártir de la monarquía, está presentado con vivísimos colores. La corriente de los hechos, á su vez con minuciosidad estudiada. Se observa en la sábia agrupación de los sucesos, que ningun movimiento revolucionario está en manos de los hombres. Las revoluciones son la erupción de la concien-

cia humana. El que los ayuda, desembarazando de obstáculos el cráter, no sabe lo que guarda la conciencia en sus entrañas. El Sr. Navarro y Rodrigo ha escrito su libro con grandes preocupaciones monárquicas. No puede explicarse cómo habiendo hecho las leyes, las tradiciones, el ejército, el clero, la ambición misma de Itúrbide, la monarquía, un misterio incomprendible hizo la república. Ese misterio es la idea; sí, la idea, poder invisible como el poder del magnetismo.

En la parte del libro que más inspirado está el Sr. Navarro y Rodrigo, es en aquella en que castiga las desapoderadas ambiciones, capaces de soñar con un trono. El ejemplo de Itúrbide no puede perderse para aquellos que creen la historia un libro de moral práctica. Soldado primero de la monarquía y de la metrópoli, vuelve luego sus ojos á la independencia de su país, y sobre éste el pedestal á su propio engrandecimiento. El funesto ejemplo de Napoleon, ese azote moral de Europa, ha ocultado á su penetrante mirada la figura severa de Washington. Ya desde los primeros tiempos de su vida, echábase de ver, en la corrupción de las costumbres, en el amor al fausto, que soñaba con el papel de un Cesar del nuevo mundo. Apa-

rentando un gran liberalismo, proclamaba la monarquía, pero la monarquía para sí.

Aquellas Córtes reunidas á consecuencia del plan de Iguala, cometieron el mismo error de las actuales Córtes constituyentes en España. Decretaron la monarquía sin pensar si la monarquía era posible, y sin tener á mano un monarca. Resultado: que el monarca no salió de las Córtes, pero salió de los cuarteles. Y fué Itúrbide.

Pero al mismo tiempo que tantas intrigas y tantas violencias habian hecho la monarquía, la lógica de la revolucion habia hecho la república. Y contra la lógica de la revolucion, nada pudieron ni los pretendientes, ni los ambiciosos, ni los obispos con sus exorcismos, ni los militares con sus espadas, ni el nombre de Fernando VII invocado en el plan de Iguala, ni la ambicion de Itúrbide.

Cayó aquella monarquía, hija del miedo á la libertad. Cayó aquella monarquía impuesta artificialmente á un país arrastrado por la conjuracion de los hechos, más poderosa que la conjuracion de los hombres, arrastrados hácia la democracia. Cayó la monarquía desarraigada por el viento de las ideas.

Dos veces fué derribado Itúrbide, dos ve-

ces, una en el destierro, otra en el cadalso.

El Sr. Navarro y Rodrigo quisiera que se hubiese fundado en Méjico una monarquía tradicional y liberal como la del Brasil. Pero mi ilustrado amigo olvida que la monarquía es una institucion personal, y que en el Brasil nació la monarquía en la persona de D. Pedro. — ¿Dónde estaba el D. Pedro de Méjico?— Los monarcas no pueden existir con luz prestada. Son astros siniestros que en las noches de los pueblos nacen, pero siempre con resplandores propios. Toda la luz que quieran sus partidarios prestarles, será luz artificial, es decir, luz fugacísima. Los monárquicos demócratas de España no podrán contradecir esta verdad evidente, y que tiene, como todas las verdades, incontrastable fuerza lógica en los hechos. Además no es tan feliz la suerte del Brasil que pueda Méjico envidiarla. El Brasil tiene esclavos y no los tiene Méjico, que colgó sus cadenas en los altares de la libertad republicana.

Tambien es injusto el Sr. Navarro y Rodrigo con la república mejicana de hoy.

Europa entera ha querido destruirla y la república subsiste. Esto prueba que vive, no sólo por la propia virtud, sinó por el asentimiento general de los ciudadanos. Ellos saben mejor

que nosotros cuánto dependen sus desgracias de fatalidades históricas y geográficas, de su escasa poblacion, diseminada en su inmenso territorio y no de sus instituciones republicanas. Cada día se arraigan éstas con mayor fuerza. La presidencia ha entrado en su periodo normal. Un hombre que ha opuesto la legalidad á dos dictaduras y un imperio, la ejerce noblemente. El período legal de la presidencia concluirá, y Juárez irá á confundirse en la muchedumbre de los ciudadanos, tranquilo en su conciencia y seguro de haber dejado un recuerdo inmortal en su historia. Méjico tendrá la democracia, la república, la libertad y la igualdad, la federacion, la separacion entre la Iglesia y el Estado, bienes que han de costarnos á nosotros, orgullosos europeos, grandes y penosísimos trabajos.

El libro del Sr. Navarro y Rodrigo tiene una parte histórica relativa á la independencia y otra parte relativa á la política. En una y otra le he dicho mi sentir lealmente. El libro tiene además una parte biográfica que, animada en ideas erróneas, es muy excelente por la claridad de la exposicion, por la viveza del relato, por el enlace sistemático de los juicios, por el nervio del estilo, sencillo, elocuentísimo. Escri-

bir libros en España, donde hay tan pocos estímulos, mérito sobresaliente es. Escribirlos con tanta elevacion que dé lugar á levantadas polémicas, título de gloria que nadie podrá negar al Sr. Navarro y Rodrigo. Escribamos, hablemos, revelemos las ideas, buscando en la contradiccion la chispa eléctrica que ha de galvanizar la España del absolutismo y de la intolerancia. Seamos dignos continuadores de las obras de nuestros padres animándolas en otras más progresivas ideas.

El libro del Sr. Navarro y Rodrigo viene á suscitar la contradiccion, y al suscitarla, á engendrar nuevas corrientes de ideas, con lo cual presta un verdadero servicio á la libertad y á la pátria.

Año 1869.